

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

FRANCISCO JOSE DE CALDAS—
El Hombre y el Sabio—
Por el Ing. Alfredo D. Bateman.

La Imprenta Departamental de Caldas ha publicado esta obra que su autor enviara para el concurso abierto por la Dirección de Educación Pública de ese Departamento para premiar la mejor biografía acerca del sabio colombiano y mártir de la Independencia. Caldas ha sido poco afortunado en materia de ensayos o escritos de verdadero calado que lo rescaten del olvido. No tuvo, claro está, el fulgor centelleante de Bolívar, ni le cupo la odisea de Nariño, ni fue poseedor del verbo de Camilo Torres, ni la coronación, en el ensamblamiento jurídico, de Santander. En cambio simbolizó la ciencia, el libro, la investigación y dentro de esta disciplina, el genio en sus intuiciones asombrosas. Fue un niño deslumbrado por la serena música de las esferas. En las plantas humildes, en los árboles de vegetación tardía y lírica, en la medida del tiempo, encontró su mundo y se desposó con la ciencia.

Y del mundo puro de sus descubrimientos fue arrancado para ajusticiarlo en el patíbulo. Y así nuestra incipiente cultura científica sufrió una yastura de la cual no se consolará jamás. Pero la sangre derramada por el sabio en el patíbulo ominoso, fue como el lirio y el limo para asentarse la nueva Colombia que amanecía de la noche ferrada de los encomenderos. Y es a este Francisco José de Caldas a quien el doctor Bateman ha consagrado su labor de estudio con amorosa solicitud. No se trata de una biografía literaria, de un fino capitel donde florecen rosas góticas o motivos risueños de pintura puramente literaria. Tampoco es un libro carambanado entre sus partituras de hielo. Es una obra de amor e inspiración. Abundante en datos y documentos desconocidos. Seria y responsable. Y que en

el futuro, cuando se emprendan nuevos estudios acerca del *Sabio* por antonomasia, será preciso recurrir a esta fuente donde se halla un venero inagotable así como en el *Caldas de Jaime Paredes* su autor consiguió hallazgos verbales de una rica calidad. El doctor Bateman tan emprendedor y "hondero entusiasta" por la cultura patria sólo merece un público reconocimiento que sería ingrato escatimarle.

ANIMA EXPUESTA—
Poemas de Gilberto Garrido.

Este nuevo poemario de Gilberto Garrido tiene el quieto embeleso de un antifonario. Por una dolorosa experiencia que trizó el esbelto vaso de sus perfumes, Garrido moja su inspiración en el rocío celeste, en la fuente purísima donde abrevaron los místicos castellanos. El poeta se sabe vestido del limo original, pero desde su oquedad abismal clama a Dios para que sea menos duro su tránsito terrestre. La escala de Jacob para ascender al temblor de los luceros. El alma expuesta, suplicada, mientras los labios secos apuran el vinagre de las ingratitudes.

Pero el poeta ya conoce su ruta. No puede existir antilogía entre su fe y su esperanza. Dios le ha enviado su mensaje como un ancla de salvación y ha sabido leer ya que su espíritu —macerado en tinajas de amargura—, sube, en la claridad de la mañana, hasta el infinito en busca de Cristo como la primera alondra que con su arpegio canoro despierta el Alba de azules ojos y sandalias de niebla.

Pertenece Gilberto Garrido a la trilogía de poetas del Valle del Cauca que más han buscado a Dios por el sendero de la gran selva amorosa donde el hombre se pone en paz con su conciencia y ve la Muerte como aquel lejano valle donde ha de encontrar la respuesta a todas las interrogaciones. Son ellos: Antonio Llanos, Mario Carvajal y Gilberto Garrido. Es un discante de rabeles en el banquete celestial. Una fe taladrada por una firme e iluminada religiosidad. Leemos en esta *Anima expuesta* de tan puras perfecciones:

*Ni de sangre en mi vida una sombra
ni en mi luz indeleble traición.
Viejo ya, sin pecados de muerte,*

*a la dulce esperanza me doy,
a la dulce esperanza del Puerto
por donde he de llegar hasta Dios!
Malas voces un día lanzaron
un sepulcro a mi espíritu! y voy
Padre mío del Cielo y la tierra
porque nunca tu luz me faltó,
dando el panal de ternura
que persiste en mi fiel corazón!*

Gracias le sean dadas a Gilberto Garrido por esta poesía que eleva el alma y se recoge en un sublimatorio de la más es-
quiva calidad antológica.

COSAS DE SANTA FE Y BOGOTÁ—
Por Daniel Ortega Ricaurte.

La Biblioteca Eduardo Santos, de la Academia Colombiana de Historia, ha publicado el volumen XVII de su meritoria colección. En esta obra, con un bello y nostálgico prólogo del doctor Eduardo Santos, el atildado escritor Daniel Ortega Ricaurte, rescata para la Historia, el añejo perfil de cromo esfumado de aquella suspirante Santa Fe de Bogotá, que se embelesa en un sueño recoleto hasta cuando el progreso hizo irrupción acribillando literalmente esta vida mansurrona, sin sobresaltos, tirada a cordel, gris y ensoñadora. La pequeña villa tendida como una fina doncella de piedra, encaje y bruma a la orilla de los depilados cerros de Monserrate y Guadalupe, se transformó en esta urbe moderna, asfixiante, de un cielo plomizo, surcado por las blandas interrogaciones de humo de las chimeneas de fábricas en cuyo vientre obreros sudorosos y mujeres resignadas, trabajan para gentes extrañas que hablan el lenguaje de los dividendos. Ingenuas multitudes campesinas que se vinieron a Bogotá en pos de El Dorado, el lujo, la comodidad y sólo hallaron el trabajo duro, la joya falsa y el sacrificio de sus horizontes aldeanos. Y aquel otro rebaño flotante de desarraigados por la violencia, que han invadido la ciudad creando dramáticos problemas que es casi imposible remediar.

Puede decirse que Santa Fe de Bogotá perdió su alma como en la leyenda de Lord Dunsany. Porque una ciudad tiene su propia fisonomía espiritual. Brujas, la muerta. Roma, la de las siete colinas. París milenaria, alígera, alma de la danza y la

gracia. Viena en su lento Otoño de valsos. Madrid, bajo el signo del oso y el madroño. Y estas nuevas ciudades de América, signo y triunfo de una gente nueva: Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Córdoba, Río de Janeiro, San Pablo, Lima, Quito, Caracas. Y es triste comprobar que la Santa Fe de ayer se ha convertido en algo sin fisonomía. Desaparecieron monumentos, iglesitas, espadañas, calles fraylunas, festonados balcones, madera taraceada y polícroma, misterio y magia.

Por esto mismo Daniel Ortega Ricaurte, con un amor de hijo enternecido, con añorada ternura, ha recogido la imagen del ayer, de la ciudad que tanto amamos. Ahí queda, en este bello libro, asomada al pretérito, sobre las aguas congeladas, como aquellas medallas en que nuestras abuelas guardaban un retrato, una memoria, un recuerdo convertido en lágrimas. La Santa Fe de Bogotá no ha muerto. Merced a esta obra vive con la vida de la inmortalidad y la tradición.

ENSAYO SOBRE LAS
VIRTUDES INTELLECTUALES—
Por Antonio Gómez Robledo.

Este consagrado escritor que ha escrito novedosos ensayos donde trata de presentar la realidad americana con risue-

ño optimismo principalmente en lo que atañe a una doctrina internacional auténtica, nos presenta ahora este novedoso volumen consagrado al estudio desinteresado de la Filosofía griega y sus incidencias en el mundo de las ideas tanto de la Edad Media, como en el tiempo moderno.

Su autor realiza un estudio exhaustivo del pensamiento humano arrancado de Platón y Aristóteles hasta llegar al mundo ontológico de Santo Tomás en quien halla una de las mentalidades más poderosas que ha logrado penetrar en el mundo de las relaciones entre Dios y sus criaturas. Singularmente importante es la distinción que el Aquinate hace de la inteligencia en los ángeles y en el hombre, "quien vive almacenando experiencias y sensaciones para un día más puro de su intelecto".

Singularmente importante es el capítulo donde habla de la sabiduría como experiencia religiosa. Memorosamente nos describe las diversas actividades del Ser humano, para defender ante todo aquella vida contemplativa, pero fecunda que, para

Platón simboliza la verdadera fuente de donde mana el verdadero vivir del hombre. Platón considera el éxtasis del meditador desinteresado como la única manera de acercarnos a la contemplación de un mundo más alto que el que nos circunda. Como los pitagóricos de leve túnica y sandalia alada. Por eso mismo la Edad Media es la cima verdadera en la cual pudo la humanidad desentenderse de los afanes cotidianos, de la sensualidad y el gozo de los sentidos, para penetrar en la selva de los misterios y los círculos que viera Dante entre resplandores de llamas. Gómez Robledo en este libro admirable defiende esta Edad, a la cual una turba de iconoclastas y algunos amorales en la vida y el Arte, pretenden reducir a pavezas, ese mundo donde el hombre pudo, por fin, libertarse de todo lo inútil para ascender a Dios. Recordamos aquí un pasaje de Mariano Ibérico y que dice:

“Si la humanidad ha de salir del caos presente hacia un nuevo horizonte de armonía, no será por una progresiva mecanización de la vida, sino por una nueva mediación, por un nuevo renacimiento del alma que aparezca con toda la frescura de lo gratuito y nuevo y toda la misteriosa majestad de lo eterno y fecundo”.

“El cosmos es una obra de Dios. Pero es una obra viviente. No tomemos pues el camino separado de los que, interpretando la creación en términos de inercia y muerte, se apartan conjuntamente de Dios y de la vida”.

Serenamente discurre este profesor de idealismo por el mundo filosófico de Aristóteles, de Platón, para desembocar en la anchurosa llanura donde Santo Tomás fijó los lineamientos, la perspectiva y el camino final de todo humano perfeccionamiento. Es preciso regresar a la pura contemplación, al ocio de las grandes ideas, a un clima donde la inteligencia vuelva a gobernar nuestras acciones, perfeccionando aún más sus finos instrumentos de captación. Menos subordinación a la técnica, a la urgencia materialista, y un nuevo hallazgo de verdades que entregan la levadura eterna de un mundo mejor. Que pensemos en el alma, “ese habitante de nuestro cuerpo”, en su vivificante actividad, en la razón como fuerza intelectual y organizadora, sobre el apetito de gula con el cual se mueve hoy la organización de la actividad humana en una lucha ciega entre símbolos desconocidos y voces inéditas.

Volver a la Filosofía, a su vivo ejercicio espiritual y moral, viene a ser en suma, la síntesis admirable de esta obra de Gómez Robledo quien sueña en una sociedad que se liberte del

instinto gregario, de las más inconfesables pasiones, para vivir libre en una organización que no puede ser la noche de la barbarie sino la claridad de lo que ha sido visitado por la Gracia y la Esperanza en Dios.

LOS COLOQUIOS ESPIRITUALES
Y SACRAMENTALES—

Por Fernán González de Eslava.

González de Eslava fue uno de aquellos eclesiásticos de origen español, que arribó a México en su más temprana

juventud. La Nueva España se convirtió para el sacerdote en su segunda patria y es uno de los primerísimos autores que expresara en la forma dramática, la confusa, naciente historia de México. Se le mantuvo casi en la completa soledad, sin que las casas editoriales se preocuparan ni poco ni mucho por atender a la edición de su teatro. Lo que ha pasado con muchos escritores del alborear de la Colonia que nadie conoce, sumergidos en polvorientos archivos a donde no llega nadie, menos en esta época de inmediatos realismos.

De sus coloquios ha dicho Rodolfo Usigli:

“Es el único espécimen literario que señala claramente la estructura social de la Colonia y la marcadísima desigualdad entre los españoles —seres casi divinos— y los indios —seres casi animales—. A través de toda la sostenida y a veces forzada simbología, y del juego del claroscuro en el que los detalles realistas se transfiguran en la metáfora cristiana, es el que parece tener mayor fuerza catequizante, pues arranca de una realidad espantosa y debe haber impresionado en grande a los espectadores de todas las clases. Los coloquios no corresponden exactamente al misterio, ni al auto, ni a la moralidad ni al milagro, vienen a ser como la suma de todos los anteriores”.

Este ilustre escritor merece que se revalúe. Así lo hacen ahora en México. Porque González de Eslava en sus Coloquios traza la vívida historia de una época que abarcó toda la Colonia, sin descartar a La Nueva Granada. Cuando la Colonia se burlaba, en la autoridad de Virreyes, oidores y otras gentes de las sabias Leyes de Indias.

Por EL CAMINO...
Sonetos de Margoth Sarcey.

La autora de estos sonetos, muy bien editados por cierto, está en un período de formación literaria en la cual aún no puede hablar de un mensaje, propio, sin mistificaciones. Se nota de inmediato que se halla influenciada por otros poetas colombianos y americanos. Muchos de sus motivos tienen clara ascendencia en otras voces ya desaparecidas.

Pero es de esperarse que, pasado el tiempo, sometida a los rigores de una inspiración muy personal y enriquecida por la cultura, logre darnos ese peculiar acento de toda mujer cuando en verdad siente la llamada de voces altas, en el Tabor de los éxtasis líricos. Pero su esfuerzo literario es digno de tenerse en cuenta y le decimos sencillamente *Adelante...!*
